

DE NÁPOLES Á ROMA

6 de Marzo

De Nápoles á San Germano

Hasta Capua la campiña es un jardín. Una cosecha, verde y fresca como en Mayo, cubre la llanura. De quince en quince pies, un olmo podado sostiene una viña tortuosa que extiende un sarmiento hasta el otro tronco; todo el campo forma así una extensa parra. Por encima de este enrejado pardo de las viñas, por encima de las ramas blanquecinas de los olmos, los pinos para-soles, como una raza extranjera y superior, elevan tranquilamente su oscura copa.

El Vulturne es un mediano río amarillento, y Capua una ciudad menos que ordinaria; pero ¡este campo es tan rico! El suelo vegetal tiene á veces la altura de un hombre, y el aire es tan dulce que se dejan abiertas todas las ventanillas del vagón. Se acuerda uno de los antiguos samnitas mirando el áspero conjunto de montañas que se elevan detrás de la ciudad. ¿Cómo esos lobos de las gargantas y las alturas no han caído sobre la presa del llano? Una ciudad semejante era una presa. Se piensa entonces en las palabras de Tito Livio,

en esta gran escena de énfasis y de sinceridad meridional, donde los diputados, de rodillas, en el vestíbulo de la curia, suplicantes y con lágrimas en los ojos, dan en propiedad al pueblo romano sus cuerpos y sus bienes. «La ciudad de Capua, el pueblo de la campiña, los campos, los templos de los dioses, todas las cosas divinas y humanas.» ¡Qué celo por el Estado! ¡qué preocupaciones políticas hasta en el menor artesano! ¡qué confusión forzada de los intereses privados y públicos cuando desde lo alto de las murallas cada cual veía aproximarse las bandas de pastores, rapaces semejantes á los bandidos de hoy, cuando todas las semanas en el templo principal los ciudadanos deliberaban sobre los modos de no ser secuestrados, robados, muertos ó vendidos! No comprenderemos nunca la pasión de un italiano antiguo por su ciudad amada.

Estas montañas están casi desnudas, ásperas, erizadas de rocas pequeñas que parecen las ruinas de un desprendimiento, como si las cimas y las vertientes hubieran trepidado durante un temblor de tierra y su corteza, despedazada, se hubiese dispersado en fragmentos. La rígida arista hiende y corta como un cuchillo en medio del aire. Ningún árbol, algunos matorrales enfermos ó tenaces, también musgos, á veces nada. La montaña extiende su triángulo mellado y accidentado como un montón de escorias; otras rocas de pie, agujereadas como por el furor de un incendio, se elevan, parecidas á una momia llena de cenizas, en medio de sus compañeras de color rojizo. Las más altas en el horizonte tienen un penacho de nieve. De allí salían los samnitas, los aventureros de las «primaveras sagradas», vestidos con pieles de cabra, los pies rodeados de cuerdas, con la bar-

ba inculta, los ojos negros y fijos de los pastores que tenemos ahora ante nosotros. Sería preciso haber vivido en California ó en Nueva Zelandia para representarse hoy día la situación de una ciudad antigua.

El cielo es tan hermoso como en el mes de Junio, cálido y espléndido; las montañas que aparecen á ambos lados son de un azul simple y grave (1), y se ordenan unas tras otras en anfiteatro, como para recrear nuestra vista. El aire, por la distancia, cubre de un soberbio manto acumulado, brillante y diáfano estos grandes cuerpos, y por encima de ellos nubes apacibles destacan sus espirales de nieve.

Ha llovido violentamente la vispera, y los trabajadores de toda especie limpian el camino, borrado por los torrentes. Por vez primera, he aquí mujeres verdaderamente hermosas: están harapientas y no las tocaría ni aun con guantes, pero á diez pasos parecen estatuas. A fuerza de llevar el cántaro de agua, el mortero y todas las cargas sobre la cabeza, han tomado la actitud recta, la marcha noble de una canéfora. Un espeso lienzo blanco les cubre la cabeza, y cayendo á ambos lados, las defiende del sol. En esta blancura, el cálido color de la piel y los negros ojos son de un brillo admirable. Algunas tienen rasgos regulares; una de ellas es un poco pálida y tan fina como una figura de Leonardo de Vinci. La camisa se les arrolla alrededor del cuello, por encima del corsé, y parece hecha á propósito para ejercitar en ella la pintura; la falda cae en pliegues naturalmente, pues el cuerpo se mantiene derecho.

A medida que la noche se aproxima, las mon-

(1) *Cœruleus*

tañas extendidas en el Oriente se vuelven más bellas. No están demasiado próximas, ni son excesivamente grandes ó abrumadoras como los Pirineos, ni tristes como las Cévenas. Entre ellas se extiende una ancha campiña fértil, son todas decorativas y sirven de segundo término al cuadro. Su grandeza es perfecta y lo es también su dulzura. Insensiblemente toman las tintas de la violeta, de las lilas y de la malva. Algunas parecen una falda de *moiré* con sus repliegues: las duras aristas, los salientes desnudos, no son á esta distancia sino dobleces lustrosos. Las ciudades y los pueblos en las alturas forman grupos blancos, y el azul del cielo es tan puro, tan fuerte, y sin embargo tan suave, que no me acuerdo de haber visto un color más hermoso.

El Monte Cassino

Conocía yo á uno de los padres superiores de la abadía de Monte Cassino, y subí hasta ella al pasar. Tú has leído este nombre; es el de la principal y más antigua abadía de los benedictinos. Es del siglo VI, fundada sobre el emplazamiento de un templo de Apolo. Pero los temblores de tierra la han destruído algunas veces, y hoy día el edificio excelente es del siglo XVII. Desde este centro se ha propagado la vida monástica á través de la Europa bárbara, en los más negros tiempos de la Edad Media. Lo que quedaba de la civilización antigua reposaba aquí, en rincones separados, bajo la costra monacal, como una crisálida en su capullo. Los monjes copiaban manuscritos

al susurro de las letanias; sin embargo, los salvajes del Norte pasaban y repasaban por los valles, viendo sobre la cima rocosa las fuertes murallas que protegían el último asilo. Muchas veces las forzaron; más tarde, convertidos al cristianismo, bajaban allí la cabeza con terror supersticioso, é iban á tocar con reverencia las santas reliquias. Un rey, cuya historia está pintada en el muro, dejó aquí su corona para tomar el hábito de monje.

Para subir al convento se parte de San Germano; es una ciudad pequeña, sobre un trozo de montaña, población pobre y fea, donde callejuelas pedregosas é inclinadas se escalonan y donde abundan los niños andrajosos y los cerdos errantes. Las puertas de las casas están abiertas; el pórtico negro rompe sobre la blancura cruda de los muros, y los utensilios de la casa, vagamente entrevistos á través de la sombra movediza, relumbran en la profundidad interior con resplandores de claridades que oscilan. A la derecha, por encima de un amontonamiento extraordinario de bloques rojizos, la montaña dislocada ostenta un resto de castillo feudal. A la izquierda, durante hora y media, un camino en zig-zag asciende hasta la cúspide; lentiscos y espesuras de gramineas lucen entre los pedazos de roca; á cada paso los lagartos se escurren entre las piedras. Más arriba aparecen carrascas, bojés, espartos, los grandes euforbios y toda vegetación de invierno que ha podido subsistir entre los bloques que se hunden sobre las ondulaciones salientes de piedra estéril.

Del lado vacío se despliega el ejército de montañas, sólo montañas: esos son los únicos habitantes, que ocupan todo el paisaje; detrás de ellas

otras aún, y así varias filas. Una de ellas, con la cima desgarrada, avanza como un promontorio, y su largo esqueleto parece un saurio monstruoso, acurrucado á la entrada del valle. Espectáculo tal deja bien lejos tras sí los Coliseo, los San Pedro, todos los monumentos humanos. Cada uno tiene su fisonomía, así como un rostro animado, pero una fisonomía inexplicable, porque ninguna forma viva corresponde á esta forma mineral. Cada una tiene su color; ésta, gris y calcinada, como una catedral destruída por el fuego; aquéllas, oscuras y rayadas por las aguas de largos surcos blancos; las más lejanas, azules y serenas; las últimas, blancuzcas en el más glorioso vestido de luz vaporosa, todas manchadas magníficamente por las sombras de sus vecinas y por las negruras movedizas de las nubes; todas, por diversas que sean, realzadas por la luz aterciopelada que las cubre y por la gran cúpula celeste de que su enormidad las hace dignas. Ninguna caríátide vale lo que estos colosos.

En la cima, sobre una explanada, se encuentra el gran convento cuadrado, extendiendo sus terrazas, sentadas como un recinto de jardines pedregosos, y el pueblo, de cúspides desnudas, forma un coro del cual es él el centro. Al final de un largo pórtico, se ve un patio rodeado de columnas. De allí parte una ancha escalera, que eleva sus gradas hasta un patio más alto, provisto también de sus pórticos; las estatuas de los abades, de los príncipes y de los bienhechores, forman alrededor del muro una asamblea silenciosa. En el fondo se abre la iglesia; desde el ingreso se siguen las líneas de columnas, las curvas de los arcos que rompen el azul del cielo; después, más allá, en el polvo luminoso de la noche, la amplia

arquitectura de las montañas. Piedra y cielo, no hay nada más: esto produce algo como el deseo de ser monje.

Mi habitación está al final de uno de estos enormes corredores donde se pierde uno: las dos ventanas dan cada una á un horizonte distinto de montañas. Casi ningún mueble; en medio, á guisa de hogar, arde un brasero bajo cenizas blancas.

En las paredes cuelgan viejas estampas, copias de Lucas Signorelli, de soberbios cuerpos desnudos colocados como luchadores con arreglo al estilo de Miguel Angel. En la otra pieza hay viejos cuadros ennegrecidos, *Tobías y el Angel*, entre columnatas. Los menores objetos llevan aquí el sello de la antigua grandeza.

Los sabios de Roma vienen con frecuencia á pasar dos ó tres meses durante los calores del estío, á fin de trabajar con facilidad y á su gusto, disfrutando del fresco y del silencio. La biblioteca tiene 40.000 volúmenes y una multitud de diplomas. La hospitalidad es completa: no hay cepillo para depositar limosnas y apenas si se le puede dar alguna propina al criado. La orden ha guardado sus antiguas tradiciones, su gusto por la ciencia, su espíritu liberal. Los monjes no están claustrados y separados del mundo: pueden salir y viajar. Uno de ellos, el padre Tosti, es un historiador, un pensador, un reformador respetuoso, pero imbuído en el espíritu moderno, persuadido de que es preciso de ahora en adelante conciliar la Iglesia y la ciencia (1). Trabajan como en otro

(1) Este religioso fué una verdadera celebridad, mas por esas mismas nobles ideas fué perseguido por Roma, que le amargó mucho la vida. Murió anciano hace pocos años.—
(N. del T.)

tiempo y practican la enseñanza. Sobre trescientos habitantes ocupan el monasterio: hay veinte monjes y unos ciento cincuenta alumnos que estudian desde las primeras letras hasta la teología. Por la tarde, debajo de nosotros, en un agujero lleno de gayombas y de lentiscos, oíamos á los niños del seminario gritar y correr, y sus vestidos negros, sus sombreros de anchas alas, aparecían entre el verde de los árboles.

Hemos comido solos en el inmenso refectorio, á la luz de una lámpara de cobre, casi semejante á las de Pompeya, sin vaso; la llamita lanzaba una claridad vacilante sobre las baldosas y la gran bóveda de piedra; todos los reflejos se ahogaban en la obscuridad invasora y vaga. A la derecha, un fresco enorme del Bassano, *La multiplicación de los panes*, todo un lienzo del muro cubierto de figuras amontonadas, flotaba como una aparición de viejos fantasmas, y cuando el sirviente llegaba llevando los platos, su forma negra y solitaria, en medio de la penumbra amarillenta, parecía también la de una sombra...

La mañana entra por vuestra ventana sin cortinas y os despierta. No creo que haya en el mundo cosas tan bellas como esta hora en semejante lugar. Se admira uno á la primera mirada de encontrar en el mismo sitio que la víspera esta asamblea de montañas. Están más obscuras que ayer, el sol no las ha tocado aún, quedan frías y graves, pero en el gran circo que se ensancha al pie del convento y en los valles vecinos, se ven elevarse y aplanarse centenares de nubes, algunas blancas como cisnes, otras diáfanas y vaporosas, algunas sujetas á las rocas como una gasa, otras suspendidas, nadando, semejantes al vapor que flota por encima de una corriente de agua. El sol

sube, y de repente su rayo oblicuo puebla todas las profundidades. Las nubes iluminadas forman un enjambre de seres aéreos y delicados, todos rebosantes de una gracia deliciosa; las más lejanas lucen débilmente como un velo de desposada, y todas estas blancuras, todos estos esplendores movibles forman un coro angélico entre las negras paredes de los anfiteatros. La planicie ha desaparecido: no se ve más que las montañas y las nubes, los viejos monstruos inmóviles y oscuros, y los jóvenes dioses, vaporosos, ligeros, que vuelan y se funden caprichosamente los unos en los otros y toman para sí solos toda la caricia del sol.

La iglesia es del siglo XVII, pintada por Lucas Jordán y por el Josefino. Como á la Cartuja de Nápoles, se la ha revestido de mármoles preciosos incrustados unos en otros, de suerte que el pavimento parece un hermoso tapiz y los muros un lujoso papel pintado. La antigua gravedad y la antigua energía del Renacimiento habían desaparecido; se estaba ya tocando en las costumbres de corte y de salón. Asimismo la arquitectura es obra de un paganismo mundano y ostenta un diletantismo de decorador: cúpulas, arcadas, columnas salomónicas, corintias y de todo género, figuras esculpidas y doradas, se han amontonado allí todos los recursos del arte. Las sillas del coro están trabajadas con una perfección admirable, cubiertas de figuritas y de follajes. Las pinturas decoran la cúpula, se extienden por la nave, se derraman en las capillas, se guarecen en los rincones, se despliegan en composiciones enormes sobre la portada y sobre las bóvedas. El colorido halaga la vista como un vestido de baile. Una *Verdad* encantadora, de Lucas Jordán, casi no está vestida más que por sus rubios cabellos;

otra figura, *La Bondad*, es, según se dice, el retrato de su mujer. Las otras *Virtudes*, tan graciosas, son las sonrientes y enamoradas damas de un siglo que, estancado en la pereza y resignado al despotismo, no pensaba más que en la galantería y en los sonetos. El pintor arruga la seda, retuerce las telas, cuelga perlas en las orejas diminutas, hace relucir collares de oro sobre la frescura de hombros satinados y persigue de tal modo lo brillante y agradable, que su fresco de la entrada, *La consagración de la Iglesia*, es una suntuosa y tumultuosa parada de ópera.

El altar se dice que es de Miguel Angel. Dos niños gigantes lo sostienen. Una pesada cruz de oro es de Cellini. El órgano tiene los más brillantes y complicados registros. Dos monjes alemanes estudian en los archivos del convento los tesoros perdidos de la música antigua. Todo se halla aquí: las artes, la ciencia, los grandes espectáculos de la Naturaleza. He aquí lo que el viejo mundo feudal y religioso había hecho para las almas pensativas y solitarias, para los espíritus que rechazados por la aspereza de la vida se reducían á la especulación y á la cultura de sí mismos. Esta clase de hombres subsiste aún, solamente que no tienen asilo: viven en París, en Berlín, en las buhardillas, y sé de varios que han muerto, otros se entristecen y se atrofian, otros se gastan y pierden el gusto. ¿Hará la ciencia algún día por sus fieles lo que la religión ha hecho por los suyos? ¿Habrà alguna vez un Monte Casino laico?

ROMA

10 de Marzo

Me preguntas si se divierte uno en Roma. Divertirse es una palabra francesa, y no tiene sentido más que en París. Aquí, cuando no se es del país, hace falta estudiar; no queda otro recurso. Me paso tres ó cuatro horas diarias delante de cuadros y de estatuas; apunto mis impresiones tales como son en el momento, y sólo escribo cuando tengo una. No busques, pues, aquí una descripción completa ni un catálogo: compra mejor un Murray, un Forster ó un Valery; ellos te darán los informes del arte ó de la arqueología. Son ciertamente bien áridos, pero no es falta suya; ¿es que con palabras alineadas en el papel se pueden hacer ver colores y formas? Lo que hay de mejor son las estampas, sobre todo las antiguas, por ejemplo las del Piranese. Abre tus carpetas, mira estas grandes plazas cuadradas, rodeadas de altos edificios y de cúpulas polvorientas, surcadas por huellas de carruaje, por donde se ve pasar una carroza estilo Luis XIV, cargada de lacayos, mientras algunos vagabundos se aproximan pidiendo una limosna ó duermen

apoyados contra una columna. Esto habla más claro que todas las descripciones del mundo: sólo falta rehacerlo. El artista ha elegido un hermoso momento, un efecto de luz interesante; no ha podido menos de ser y sentirse artista. Además, una estampa tiene la ventaja de no oler mal, y los desgraciados que en ella figuran no inspiran ni compasión ni disgusto. Me envidias el estar en Roma: estoy en verdad contento de haber venido aquí, porque aprendo muchas cosas; pero por el verdadero placer, el placer sin mezcla bastarda y poético, lo hallaba más fácilmente cuando á la luz de tu lámpara, dadas las once de la noche, hojeaba contigo tus viejos cartones.

En cuanto á la vida, no tiene aquí nada de interesante. He alquilado un cuarto reducido en casa de ciertas gentes muy buenas, medio burguesas y por completo romanas, que reservan su limpieza para el huésped y la suciedad para ellos mismos. Uno de los hijos es abogado; otro empleado. La familia vive de alquilar las habitaciones exteriores, y se confina en el interior. No se barre la escalera: la casa no tiene portero, y día y noche el portal permanece abierto para que entre el que quiera. Por el contrario, la puerta de cada departamento es maciza y capaz de resistir un bloqueo. No hay luz alguna artificial. Los inquilinos llevan por la noche los fósforos en el bolsillo; esto es indispensable, pues no se puede pasar sin ellos, salvo en las noches de luna. Uno de nuestros amigos puso por su cuenta un quinqué en un tablero: al día siguiente había sido robado, y habiendo corrido igual suerte un segundo y un tercer quinqué, volvió el hombre á las cerillas. Por la mañana se toma el desayuno en el café del Greco, larga habitación, baja, ahumada, en manera alguna brillante

ó coqueta, pero cómoda: parece que ocurre lo mismo en todos los cafés de Italia. Este, que es el mejor de Roma, parecería de tercer orden en París. Es verdad que casi todo es barato; el café, que es excelente, cuesta tres sueldos la taza. Tomado el desayuno, voy á un museo, á una galería, casi siempre solo. Sin esto es imposible recibir y tener impresiones propias, y sobre todo seguirías: la conversación y la discusión hacen sobre los sueños y las imágenes interiores el efecto de un escobazo sobre una bandada de mariposas.

Vagando por las calles, entro en las iglesias: mi guía impresa me dice el arquitecto y el siglo de cada una. Esto las pone para mí en su época histórica y me hace razonar involuntariamente sobre las costumbres de donde ellas han salido. Una vez vuelto á mi casa, encuentro en mi mesa libros de actualidad, principalmente memorias y poemas: leo una hora ó dos y acabo de pergeñar mis notas. A juicio mío, Roma no es más que una gran tienda de baratillo. ¿Qué hacer en ella, á menos que se sigan estudios de arte, arqueología é historia? Sé muy bien para mi cuenta que si yo no trabajase aquí, el desorden y la suciedad de prendería, las telas de araña, el olor del moho y la vista de tantas cosas preciadas, antes vivientes y completas, ahora desdoradas, mutiladas y desaparejadas, me lanzarían en las ideas más fúnebres. Llegada la noche, se busca un coche de alquiler y se hacen visitas. Me han provisto de cartas de introducción: veo á personas de todas las opiniones y de todas clases, y he encontrado mucha urbanidad y galante benevolencia. Mi huésped me habla del tiempo actual, de religión y de política; intento recoger algunas ideas sobre la Italia de hoy, que es el complemento de la Italia de ayer, y como una

última pieza en una serie de medallas. Todas éstas se comentan y se explican las unas á las otras, hago sobre ellas mi ordinario oficio y después de haber tocado muchas cosas, encuentro que no hay más que una buena, ó al menos soportable, que es desempeñar cada uno su oficio.

La llegada á Roma

¡Qué espectáculo tan fúnebre el de esta Roma, ayer noche tan negra, sin tiendas y con algunos faroles de gas alejados unos de otros! La plaza Barberini, donde me alojo, es un catafalco de piedra donde arden algunas antorchas olvidadas: las pobres lucecillas parecen hundirse en el lúgubre sudario de sombra y la fuente, apenas visible, murmura en el silencio con ruido de espectro. No se puede describir este aspecto de Roma por la noche; de día «esto huele á muerto» (1), pero la noche es todo el horror y la grandeza del sepulcro.

Misa en la Capilla Sixtina

Se hace cola á la entrada; las mujeres sin sombrero, con velo negro; los hombres de levita negra: es el uniforme, pero se lleva la levita más vieja; algunos hombres llevan un pantalón pardo y un sombrero gris de alas anchas. La concurrencia parece compuesta de pèrtigueros y de empresa-

(1) Frase de M. de Girardin.

rios de pompas fúnebres. Se está allí por curiosidad, como en una pieza de teatro: hasta los eclesiásticos charlan libremente y con vivos ademanes de cosas indiferentes.

Se entabla á mi alrededor una conversación sobre los rosarios.—En París cuestan treinta y seis francos la docena. Aquí los mejores, los más baratos, se encuentran detrás de la iglesia de Santa María *sopra* Minerva.—Retendré ese nombre; ¿por dónde se va?—¿Sabe usted que no tendremos al Papa hoy? Está indispuerto.—Yo me he alojado en la vía del Babuino por cinco francos diarios, incluso el desayuno, pero el vino es flojo.—¡Qué chocantes son estos suizos colorados y abigarrados! Se diría que son comparsas de ópera.—El que acaba de llegar es el cardenal Panbianco, un monje gris; á la primera vacante será *papable*.—A mí no me gusta el cordero: no se puede hallar aquí verdadero guisado de carnero.—Vaya usted á oír á Mustaphá el *tiplé*, es un hombre admirable.—¿Es turco?—Ni turco ni hombre.—Monseñor Landriani, una hermosa cara, pero un asno de primera calidad.—Los suizos son del siglo XVI: observad su gola, su plumero blanco, su alabarda, las listas rojas, amarillas y negras de su justillo. Se dice que ese traje fué dibujado por Miguel Angel.—¿Lo ha hecho todo aquí Miguel Angel?—Todo lo mejor.—Entonces hubiera hecho bien en mejorar el guisado de carnero.—Ya se acostumbrará usted.—No más que al vino, y en verdad las piernas empiezan á entrarme en el cuerpo.

El oficio es una hermosa ceremonia: las copas de damasco relucen á cada movimiento; el obispo y sus acólitos son de gran estatura, lujosamente vestidos; forman y deshacen sus filas con las actitudes más graves y mejor elegidas. Entretanto,

uno á uno avanzan los cardenales con sus birretes rojos en la cabeza y dos caudatarios llevan su cola color violeta; se sientan y cada uno de ellos tiene sus caudatarios á sus pies. Muchas cabezas son penetrantes y profundamente expresivas, sobre todo entre los monjes, pero ninguna lo es más que la del prelado oficiante: delgado, moreno, los ojos hundidos, la frente saliente y soberbia, se sienta como un dios egipcio, inmóvil, bajo su alta mitra blanca, en los pliegues brillantes de su ornamento. Un padre general de los teatinos, vestido con sotana parda y roquete blanco, ha pronunciado un sermón latino, bien acentuado, acompañado de excelentes gestos, sin gritos ni monotonia. Hubiera sido un motivo de estampa muy bella para Sebastián Leclerc.

La música es exclusivamente vocal; los cantos son estridentes. Parece como si los intervalos extraños é inauditos hubieran sido acumulados de propósito. Se destacan bien las modulaciones tristes y originales, pero la armonía es brutal y hay gritos propios de un canto de beodos. O yo no tengo oído, ó las notas falsas abundan demasiado; las voces altas no son más que un aullido; el grueso chantre de en medio berrea; se le ve en su jaula sudando y en gran fatiga. Hubo, después del sermón, un hermoso canto, de estilo elevado y severo; pero ¡qué voces más desagradables! Las altas agrias, las bajas como ladridos.

La salida es curiosa: se ve al final de la columnata á cada cardenal subir en su coche. Tres lacayos van apilados en la trasera; el paraguas rojo colocado sobre la caja, indica á los soldados que deben presentar armas. La procesión de los personajes que se alejan bajo las arcadas, los suizos abigarrados, las mujeres vestidas de negro y con

velos, los grupos que se hacen y se deshacen en las escaleras, las fuentes que corren entre las columnas, forman un cuadro, cosa desconocida en París; la escena tiene un orden, un cuadro, un efecto: se recuerdan allí los antiguos grabados.

A fuerza de vagar por las calles, á pie ó en coche, se acaba por encontrar lo que flota en medio de tantas impresiones: Roma es sucia y triste, pero no común. La grandeza y la belleza son raras allí, como en todas partes, pero casi todos los objetos son dignos de ser pintados y os sacan de la vida regular y burguesa.

La ciudad se asienta sobre colinas, lo que da á las calles una gran diversidad y un especial carácter. Según es la pendiente, así el cielo aparece cortado diversamente por filas de casas.

Después, varias cosas indican una gran fuerza aun á costa del gusto: iglesias, conventos, obeliscos, columnatas, fuentes, estatuas, todo esto revela ya una gran resolución en la vida, ya la grandeza de las riquezas acumuladas por la conquista material ó espiritual. Un monje es un animal extraño, de una raza perdida. Una estatua no corresponde á las necesidades de un burgués. Una iglesia, aunque sea de jesuitas, por enfático que sea el decorado, acusa la existencia de una corporación temible. Los que han hecho al monje, la estatua ó la iglesia, han dejado huella muy visible sobre la trama vulgar de la historia, ya por su abnegación, ó ya por su gran potencia. Un convento como la *Trinitá-dei-Monte*, con su aspecto de fortaleza cerrada, una fuente como la de Trevi, un palacio macizo, monumental, como los del Cosso y los de la plaza de Venecia, anuncian vidas y gustos que no son ordinarios.

Por otra parte, los contrastes abundan; al salir

de una calle ruidosa y viviente, seguís durante un cuarto de legua un muro enorme, rezumante y tapizado de musgo: ni un transeunte, ni un carruaje. De largo en largo trecho, una puerta con pernos de hierro se redondea bajo una arcada baja: es la salida secreta de un gran jardín. Volvéis á la izquierda y os halláis en una calle de tiendecillas y cuchitriles, donde pulula una cañalla abandonada; los perros buscan inmundicias entre los montones. Termina esa calle en el portal esculpido y embellecido de una iglesia demasiado adornada, especie de alhaja eclesiástica caída sobre un estercolero. Al otro lado, calles negruzcas y desiertas empiezan á desarrollar sus aceras. De pronto, por una puerta entreabierta, veis un bosque de laureles, grandes bojes tallados, un pueblo de estatuas entre saltos de aguas vivas. Un mercado de coles se extiende alrededor de una columna antigua. Barracas cubiertas con un enorme paraguas rojo, se anidan contra la fachada de un templo arruinado; después, súbitamente, al salir de un montoncillo de iglesias y de tabucos, se ven tapices de verdura, hortalizas, y más allá toda una extensión de campiña.

Por último, las tres cuartas partes de las casas tienen un rasgo original, cada una interesa por sí misma. No son un simple macizo de albañilería, una cosa cómoda donde se habita y que no dice nada. Muchas tienen un segundo piso más pequeño, y encima una terraza cubierta, un estrecho paseo aéreo. Las más feas, con sus barrotes mohosos, sus corredores negros, sus escaleras graciosas, son repugnantes, pero se las mira.

Comparo á Roma, una vez más, con el taller de un gran artista, no un artista elegante, que, como los nuestros, sueña con el éxito y hace alarde

de su bienestar, sino un viejo artista mal peinado, que en su tiempo tuvo genio, y que hoy día disputa con sus proveedores. Ha hecho quiebra, y sus acreedores han desamueblado más de una vez su casa, pero no han podido llevarse las paredes y han olvidado muchos hermosos objetos. En esta situación vive de sus restos, sirve de *cicerone*, embolsa la propina y desprecia un poco á los richachones de quienes recibe los escudos. Come mal, pero se consuela pensando en las gloriosas exposiciones en que figuró, y se promete por lo bajo, algunas veces en voz alta, que el año próximo se desquitará. Es preciso confesar que su estudio huele mal, el entarimado no ha sido barrido desde hace seis meses, el sofá se ha quemado por las cenizas ardientes de la pipa; zapatos viejos sin tacones yacen en un rincón; vense sobre un aparador pellejos de salchichón y un pedazo de queso; pero este aparador es del Renacimiento; la tapicería raída, que oculta un mal camastro, procede del gran siglo; á lo largo de la pared, por donde sube el innoble tubo de la estufa, cuelgan armaduras y preciados arcabuces damasquinados. Es preciso ir allí, pero no quedarse.

Hemos atravesado largas calles en cuesta, encerradas entre murallas enormes, todas tortuosas ó enrejadas, en un interminable pavimento solitario que brilla bastante, y hemos ido, pasando por delante del palacio de Lucrecia Borgia, hasta San Pedro *Advíncula*, para ver allí el *Moisés* de Miguel Angel. A la primera ojeada sorprende menos de lo que se había uno figurado. Se le ha visto grabado ó en estampas, ó reducido allá arriba, y la imaginación ha exagerado; además, está pulimentado, acabado con extrema perfección. Se halla en una iglesia adornada y brillante; se le ha encua-

drado lindamente en una preciosa capilla. Con todo esto, á medida que se le mira, la masa colosal hace su efecto: se siente la voluntad imperiosa, el ascendiente, la energía trágica del legislador y del exterminador. Por sus músculos de hierro, por su barba viril, es un bárbaro primitivo, un domador de hombres; por su cabeza alargada, por lo saliente de las sienas, es un asceta. ¡Si se levantara, qué gesto, qué voz de león la suya!

Lo más encantador que hay aquí es que se encuentra uno encaminado sin esperarlo. Muy cerca el palacio del Quirinal, en la cima de una colina, destacando por completo en el aire grisáceo; enfrente los caballos y los colosos de mármol; un poco más lejos los verdes pálidos de un jardín y un horizonte inmenso donde se funden las nubes, y en lontananza un convento armenio con sus aguas de riego que corren en canales de piedra, con sus palmeras lanzadas al azar, con su enorme viña, que por sí sola forma un emparrado, con sus bellos naranjos, tan gallardos y tranquilos bajo sus manzanas de oro. Higueras de Africa que van á calentar sus hojas espinosas á lo largo de las rocas; las ramas delgadas de los árboles comienzan á verdear; no se oye más que el ruido casi insensible de una llovizna tibia... ¡Qué bien se estaría aquí viviendo en la ociosidad y dedicado á profundizar sus sensaciones íntimas! Pero sería preciso tener el alma siempre alegre, ó al menos siempre sana.

LOS ANTIGUOS

Las estatuas

Bien me ha venido tener en una maleta algunos libros griegos; nada es más útil, y por otra parte, las frases clásicas se agolpan á la memoria sin cesar en estas galerías. Tal estatua hace sensible un verso de Homero ó un principio de diálogo de Platón. Yo te aseguro que aquí un Homero y un Platón son mejores guías que todos los arqueólogos, todos los artistas y todos los catálogos del mundo. Por lo menos son más divertidos y más *claros* para mí. Cuando Menelao es herido por una flecha, Homero compara su cuerpo blanco, manchado por la sangre roja, con el marfil que una mujer cariana ha mojado en la púrpura para hacer un trozo de freno: «Muchos caballeros lo han pedido; pero esta es una pieza muy preciada, reservada para la casa del rey, y que será un adorno para el caballo, al mismo tiempo que un motivo de gloria para el auriga. Así eran, Menelao, tus muslos bien formados, tus piernas manchadas por la sangre que descendía hasta tus hermosos pies.» Esto está, más que descrito, visto, visto como por un pintor y escultor. Homero olvida el dolor, el peligro, el efecto dramático, tan impresionado está por el color y las

formas. Al contrario, ¿hay algo más indiferente para el lector vulgar que la mancha roja corriente y la hermosa línea de la pierna, sobre todo en tal momento? Flaubert y Gautier, á quienes se considera originales é innovadores, hacen hoy día muy parecidas descripciones. Falta á los antiguos ser comentados por artistas, pues hasta el presente no lo han sido más que por eruditos de gabinete. Los que conocen sus vasos no ven más que el dibujo, la hermosa composición regular, el mérito clásico; quedan por encontrar el colorido, la emoción, la vida, y todo esto abundaba con exceso; no hay más que ver la petulancia, las bufonías, la increíble imaginación de Aristófanes, su profusión de invenciones imprevistas y descabelladas, su fantasía, su insolencia, la incomparable frescura, las sublimidades repentinas de la poesía que lanza en medio de sus ocurrencias grotescas. Se pondría reunido todo el espíritu y toda la fantasía de los talleres de París desde hace veinte años, y no se parecerían ni de lejos á esto. La cabeza humana estaba entonces construída y amueblada de una manera particular; las sensaciones entraban en ella con otro choque, las imágenes con otro relieve, las ideas con otra sucesión. Por ciertos rasgos, se parecían los antiguos á los napolitanos de hoy, por otros á los franceses sociables del siglo XVII, por otros á los jóvenes letrados de las repúblicas del siglo XVI, y por otros, finalmente, á los ingleses armados que se establecen en este momento en Nueva Zelandia; pero sería precisa la vida de un hombre y el genio de un Goethe para construir almas semejantes. Yo las entreveo, pero no puedo verlas.

*
* *

Hay aquí, además de las colecciones particulares, dos grandes museos de esculturas antiguas: el del Capitolio y el del Vaticano. Están bien dispuestos, sobre todo el segundo. Las más preciosas estatuas figuran en departamentos distintos, pintados de rojo obscuro, de manera que la vista no se distraiga y la estatua reciba toda la claridad posible. El adorno es severo y de una sobriedad antigua; las tradiciones se han conservado ó renovado aquí mejor que en otras partes; los papas y sus arquitectos han tenido grandeza en el gusto aun en los siglos XVII y XVIII.

Para recordar ambos edificios te remito aún á las estampas; las antiguas son las mejores desde luego, primero porque parten de un sentimiento más verdadero, y después porque son tristes, ó por lo menos severas. Desde el momento en que un dibujo es propio y hecho con cuidado, sobre todo si se aproxima á las elegantes ilustraciones contemporáneas, representa á Roma en contrasentido. Es preciso contar con que un monumento, aunque sea moderno, está descuidado y sucio: el invierno lo ha agrietado; la lluvia le ha formado una costra de manchas pálidas; las losas del patio no unen y varias de ellas están hundidas ó rayadas de quebraduras; las estatuas antiguas que lo rodean tienen medio pie amputado y cicatrices en el cuerpo; los pobres dioses de mármol han sido arañados por el cuchillo de un muchacho, se resienten de su larga permanencia en la tierra mojada. Sobre todo ello la imaginación ya prevenida ha aumentado mucho; son precisas dos ó tres visitas para llevarla á la impresión justa. ¿Quién no se siente interiormente maravillado pensando en el Capitolio? Este gran nombre turba de antemano y se desanima uno al encontrar una plaza de regular

tamaño, entre tres palacios que no son nada grandes. Es bella sin embargo; una gran escalera de piedra le forma una entrada monumental. Dos leones de basalto guardan el pie de su rampa; dos estatuas colosales la cúspide. Dos balaustradas destacan en el aire con sus dos líneas sólidas. Sin embargo, á la izquierda una segunda escalera, de enorme anchura y larga, eleva sus gradas hasta la fachada rojiza de la iglesia de Ara-Cœli. Sobre los escalones descuellan centenares de mendigos, tan andrajosos como los de Callot, y que se calientan al sol majestuosamente bajo sus sombreros abollados y sus chamarretas pardas. Todo este espectáculo se aprecia de una mirada: convento y palacio, colosos y canalla; la colina, cargada de arquitectura, eleva de pronto al final de una calle su masa de piedra manchada de insectos humanos que bullen. Esto es propio de Roma.

El Capitolio

En el centro de la plaza hay una estatua ecuestre de Marco Aurelio en bronce. La actitud es de un natural acabado; hace una seña con la mano derecha: es una leve acción que le deja tranquilo, pero que da vida á toda su persona. Va á hablar á sus soldados, y ciertamente parece que tiene algo importante que decirles. No presenta la actitud de parada, no es un caballero, como la mayor parte de nuestras estatuas modernas, ni un príncipe en exhibición que hace su oficio; lo antiguo es siempre sencillo. No tiene estribos: esto es

una villana invención moderna, un aparejo que impide la libertad de los miembros, una obra de este mismo espíritu industrial, que ha producido el chaleco de franela y los zuecos articulados. El caballo es de fuerte y sólida especie, pariente aún de los caballos del Parthenón. Hoy, después de diez y ocho siglos de cultura, las dos razas, el hombre y el caballo, se han afinado; llegan á tener el aire *distinguido*. A la derecha, en el palacio de los conservadores, hay un soberbio César de mármol, cubierto con la coraza; su actitud no es menos viril y natural que la de Marco Aurelio. Los antiguos no hacían ningún caso de esta delicadeza medio femenina, de esta sensibilidad nerviosa que llamamos la *distinción*, y que tanto nos gusta. Al presente un hombre distinguido necesita un salón: es *dilettanti*, habla bien á las mujeres; aunque capaz de entusiasmo, se inclina al escepticismo; su urbanidad es exquisita; no le gustan las manos sucias ni los malos olores; no quiere que se le confunda con lo vulgar. Alcibiades no temía ser confundido con nada vulgar.

Un coloso enorme destrozado ha dejado allí sus pies, sus dedos y su cabeza de mármol; los fragmentos yacen en el patio entre las columnas. Pero lo que admira más son unos reyes bárbaros de mármol negruzco, enérgicos y tristes, envueltos en su amplia vestimenta. Son los cautivos de Roma, los vencidos del Norte, tales como aparecían detrás del carro triunfal, para acabar degollados por el hacha al salir del Capitolio.

No se da un paso sin ver un rasgo nuevo de la vida antigua. Enfrente, en el patio del museo, se muestra una ancha estatua que representa un río y está encima de una fuente; es un torso robusto de pagano que duerme medio desnudo bajo

su cabellera espesa, en su gran barba de dios viril y que goza de la vida natural. Por encima, el restaurador del Museo, Clemente XII, ha puesto su encantador retrato en busto pequeño, una delicada cabeza penetrante y mediatunda de político y de letrado de gabinete. Es esta la segunda Roma al lado de la primera.

¿Cómo describir una galería? Es preciso caer en lo enojoso de la enumeración. Déjame solamente enumerar algunas estatuas, como puntos de referencia, para dar un cuerpo y un sostén á las ideas que sugieren.

Sala del *Gladiador moribundo*.—Esta es una estatua real, no ideal; pero la belleza del cuerpo es aún grande, porque esta especie de hombres pasaban su vida en ejercitarse desnudos.

A su alrededor se ven alineados un admirable Antinoo, una gran Juno vestida, la *Fauna* de Praxiteles, una amazona que asesta su arco. Aquellas gentes se representaban naturalmente al hombre como desnudo, y naturalmente nosotros nos representamos al hombre como vestido. Encontraban en su experiencia personal y propia la idea de un torso, de un amplio pecho, extendido como el de Antinoo, de la hinchazón de los músculos costales en un lado que se inclinan, de la continuidad fácil de la cadera y del muslo en un cuerpo joven como este Fauno inclinado. En una palabra, tenían doscientas ideas sobre cada forma y movimiento del desnudo; nosotros sólo las tenemos sobre el corte de una levita y sobre la expresión de un rostro. Falta al arte la experiencia corriente, la observación diaria; de allí sale el gusto público, y á juicio mío la preferencia decidida por tal especie de tipo. Siempre se encuentran hombres que expresen bien este tipo,

así separado y comprendido. La razón es que los objetos ordinarios cambian cuando ha cambiado el arte. La imaginación es como los insectos, que toman el color de la planta sobre que viven. Nada más verdadero que esta frase: «El arte es el resumen de la vida.»

Un fauno de mármol rojo.—Este, indudablemente, es posterior, pero la segunda edad no hace más que continuar la primera. Roma helenizada, es otra Grecia. Aun bajo los emperadores, bajo Marco Aurelio, por ejemplo (1), la educación gimnástica no es sensiblemente alterada. Las dos civilizaciones no forman más que una, y son los dos pisos de una misma casa. Tiene el fauno en cada mano un racimo de uvas y las muestra con aire de buen humor, encantador y nada vulgar. La alegría física no está envilecida en la antigüedad, ni relegada como entre nosotros á los obreros, los burgueses y los borrachos. En Aristófanés, Baco es un burlón, gandul, liviano, glotón y necio como un bebedor de Rubens: es por tanto un dios, y ¡qué locura de imaginación siente!

Otros dos faunos, musculosos, que se vuelven á medias, y un Hércules de bronce dorado, magnífico luchador. Todo el interés de la actitud está en el pequeño escorzo del cuerpo hacia atrás; esto da otra posición al vientre y á los pectorales. Para comprender esto no nos queda más que la escuela de natación del Sena y Arpin, el terrible saboyano. Pero ¿cuántos han visto á Arpin? Y ¿quién no se siente desagradablemente impresionado ante nuestros estanques de ranas, donde vemos cuerpos desnudos que se zambullen?

Un gran sarcófago representa la historia de

(1) Cartas á Frontón, por Marco Aurelio.